

Así el que en favorables ocasiones  
Acierta á obrar de sabio y de valiente,  
No debe ser de mil aclamaciones  
Entronizado de la humana gente;  
Aquel, aquel merece los blasones  
De varón invencible y de prudente,  
Que el día del trabajo y apretura  
Sabe tenerse á brazos con ventura.

La cual al que persigue es cosa cierta  
Privalle del mejor entendimiento,  
La luz del cual pudiera, á no estar muerta,  
Evitar el adverso acaecimiento,  
Y así, quien en peligro urgente acierta  
A valerse del buen conocimiento,  
Perficiona su fama y su decoro  
Como en las llamas se conoce el oro.

Resultó pues el trance referido  
De no partir á hora que bastase  
Para llegar al pueblo reprimido  
El Duque antes que febo trasmontase;  
Engaña el tiempo al mas claro sentido,  
Por mas que á la distancia le compase,  
En todo aquel distrito montuoso:  
Tanto es agro, difícil y escabroso.

Es grande de los valles la hondura,  
Impide en los caminos la estrechez;  
Deliene de los bosques la espesura,  
Y ocupa de la tierra la aspereza;  
Por esto se perdió la coyuntura  
De meter el socorro con presteza,  
Aunque solo bastó haberse mostrado  
Para que en fin el cerco fuese alzado.

Porque Abdalla, temiendo que en el valle  
El Duque no hiciese alguna entrada,  
A la mira se vino por vedalle  
Cualquiera ejecución acelerada;  
No pretende el de Sesa contrastalle,  
Porque se aloja en parte aventajada,  
Donde no son de efecto los caballos,  
Y el moro trae gran copia de vasallos.

Dióse en Órgiva aviso del estado  
En que el negocio á la sazón estaba,  
Con orden de dejar desamparado  
El lugar que tan caro les costaba;  
Y porque el enemigo, pertrechado,  
De Lanjaron los pasos ocupaba,  
A Molina y su gente les convino  
Para el llano Motril hacer camino.

Dejando algunas piezas enclavadas,  
Que llevar adelante no pudieron,  
Y otras, ni mas ni menos, enterradas,  
Que á muchos enemigos muerte dieron,  
Las hileras en arma concertadas,  
En medio los enfermos recogieron,  
Los demás embarazos y heridos,  
Y así á Motril llegaron prevenidos.

Mientras el Duque el gran poder refrena  
Del eunuco, por dar tiempo á Molina,  
Para ponerse en salvo la agarena  
Nacion, corre la tierra granadina  
Por Guéjar y el Puntal, de furia llena  
Baja á la Vega, y quema y arruina  
A Amaracena, y lleva maniatados  
Pastores tras gran suma de ganados.

Estaba el de Austria casi que impaciente  
De hallarse sujeto á comisiones,  
Porque desea, y no se le consiente,  
Estar presente en estas ocasiones;  
Y así, manda volver al Duque ausente  
Para tratar de nuevas prevenciones,  
Con orden que si encuentra al moro Abdalla  
Trabe con él sin falta la batalla.

Teníase nueva que el turquesco bando  
Trataba de ponerse á remo y velas,  
En guarnición su osar manifestando  
Dentro en un barrio de las Albuñuelas;  
El Duque parte hácia allá marchando  
Para contravenir á sus cautelas,  
Y ver si por ventura en el camino  
Encuentra al sucesor almanzorino.

Túvose por negocio averiguado  
Que el enemigo campo todo el día,  
Sin ver el nuestro, caminó al costado,  
Ni dél ser visto por alguna vía;  
Llegó temprano el Duque, y alojado  
En el barrio mejor de los que había,  
Hizo meter el otro á sacomano  
Y entregar á la furia de Vulcano.

Lo mismo hizo á Restábal, y luego  
A Belajix, con otras poblaciones  
Del valle, que, siguiendo el error ciego,  
Daban á los contrarios provisiones;  
Volvió á Granada, donde sin sosiego  
Halló al caudillo en mil reformaciones,  
Habiendo á Pedro de Mendoza puesto  
De guarnicion con útil presupuesto.

Por ser un capitán de buena fama,  
Plático en la milicia y bien nacido,  
Quedó en el barrio que el ardiente llama  
Dejó en las Albuñuelas no ofendido;  
Seiscientos hombres que el honor inflama  
Holgaron de aceptar aquel partido;  
Mas entre tanto que esto aquí se traza,  
Un monstruo apareció en tierra de Baza.

Porque se alzó un lugar dicho Galera,  
Fuerte para ofender con violencia,  
De Cartagena al paso, y por do quiera  
Escabroso, y no lejos de Valencia;  
Mas Huesca, ciudad rica y muy guerrera,  
Sintiendo como debe esta licencia,  
Por estar á una legua, en continente  
De á pié y caballo puso en campo gente.

Sitió el lugar con mil y mas docientos  
Infantes, sin hacer algun efecto  
Mas que librar de barbaros sangrientos  
Los cristianos que estaban en aprieto  
Dentro en la iglesia, cuyos fundamentos  
Fueron amparo á su valor perfeto;  
Ya la tercera aurora era venida,  
Y Galera se está ensoberbecida.

Malaqui, que era alcaide del partido,  
Dentro estaba con cien arcabuceros,  
Cuyo capitán era el atrevido  
Caracajol, que entró de los primeros,  
El cual viendo el ejército movido  
Y que marchaba ya, dió en los postreros,  
Haciéndoles, dejar mal de su grado,  
Gran presa que hallaban de ganado.

No sin algun desórden se retira  
El campo á Huesca, donde por venganza  
En los moriscos, della ardiendo en ira,  
Se comenzó á hacer cruel manzana;  
Muchos, huyendo como les inspira  
La desesperacion y mala andanza,  
Se acogen á las casas del gobierno,  
Mas hallan que después les son infierno.

Arde soberbiamente el edificio,  
Arden otros tambien á cada lado,  
Y aquel piensa que á Dios hace servicio  
Que atiza el fuego ó mata al que ha escapado;  
No valen preeminencias de alto oficio  
Con furia popular en tiempo airado;  
Y así, el gobernador de aquella tierra  
Sube los hombros, y la boca cierra.

Es Huesca una ciudad calificada,  
De Murcia á los confines tiene asiento,  
Y suele ser á veces mal mandada  
Con menos ocasion de la que cuento;  
Y aunque á los duques de Alba les fué dada  
Por hechos de inmortal merecimiento,  
Como ya fué de reyes patrimonio,  
Muestra de quejas claro testimonio.

Mas entre tanto que otra vez previene  
Armas contra un lugar tan bien cercano,  
Orche llamado, que se desaviene  
De la obediencia y término cristiano;  
La indignacion de los moriscos tiene  
Tal fuerza por pagarse de su mano,  
Que mostró con peligro la experiencia  
Haber sido danosa la clemencia.

Porque algunos á quien les fué la vida  
Otorgada en los impetus pasados,  
Dieron al Malaqui dentro acogida  
Con trecientos y mas de sus soldados;  
Dejando con astucia nunca oida  
Dentro en los lavaderos emboscados  
Otros dos mil armados y escogidos,  
Y para dar en Huesca apercebidos.

Ya que para partir la gente estaba,  
El Padre poderoso ordenó y quiso  
Que de la gran traicion que se tramaba  
A tiempo se tuviese entero aviso;  
La hueste que por Orche se alistaba  
Volvió la furia y armas de improviso,  
Y echó de la ciudad el bando extraño,  
Haciéndole al salir notable daño.

Al mismo punto la emboscada gruesa  
Fué asaltada con tanta gallardía,  
Que no tiene la suerte por aviesa  
Quien puede de salvarse hallar vía;  
La gente albana de matar no cesa,  
Y fuera la victoria de su alianza,  
Insigne, para cuanto el sol durara  
Si como comenzó se efectuara.

Mas con los berberiscos hecho escudo  
El Malaqui se opuso á la pujanza  
De los nuestros, y así retirar pudo  
Los suyos con mas tiento y ordenanza;  
Repartióse después el vulgo rudo  
Entre la multitud de su alianza,  
Y en Galera se entró la mejor parte  
A resistir los impetus de Marte.

En este tiempo el que la secta mora  
Como segundo electo reedificó,  
Rebelar hace el río de Almanzora,  
Que victoria en su lengua significa;  
Tambien Puchena, y cuanta gente mora  
La sierra de Filábres, multiplica  
Sus haces, y de Baza los lugares,  
Con otros muchos pueblos y aduanares.

Solo Seron y Tijola faltaban  
Que son del marquesado de Villena,  
Lugares fuertes que con guardia estaban  
Contra la desvergüenza sarracena;  
Mas Abenabo Abdalla, á quien mostraban  
El bado y la fortuna faz serena,  
Los conquistó, y ganó sin gran porfia  
Sus armas, munición y artillería.

Esta suerte quedaron levantados  
Los pueblos todos de aquel reino ilbero,  
Sino fueron aquellos que apartados  
Estaban por distancia mas que fuero;  
Los unos, en la hoya bien guardados  
De Málaga, esperaban lo postrero;  
Los otros en la fuerte Serranía  
De Ronda, señal daban cada día.

Estos motivos, y la priesa ardiente  
Que el buen rey nuestro tiene reforzando  
El campo del de Vélez, que de gente  
Se estaba en Baza entonces preparando,  
Fueron espuelas para que el valiente  
Fajardo, fuese cosas abreviando,  
Hasta que tuvo término y manera  
De ir á sentar real sobre Galera.

El Malaqui, de canto, comprehende  
Que no puede en la plaza mantenerse,  
Llama á su hijo, y á escapar se atiende,  
Dando honesta ocasion al acogerse;  
Caracajol lo mismo ya pretende,  
Pensando que el lugar querrá valerse  
Del beneficio que la sierra ofrece;  
Y así, les dice que esto le parece.

Respondió el vulgo que por mejor suerte  
Tendrá, dentro en sus casas combatiendo,  
Pasar á hierro y fuego cruel muerte  
Que salir dellas á vivir muriendo;  
Replica el capitán: «No es de hombre fuerte  
Entregarse al rigor de muerte horrendo;  
Antes flaqueza vil y aborrecida  
El no osar reservarse á mejor vida.

«Tiempo teneis, sazón y coyuntura  
Para libraros del presente estrecho,  
Llevándoos de camino á la espesura  
Cuanto os fuere de gusto y de provecho;  
Que no es dejar la casa desventura  
Si las paredes yermas con el techo  
Quedan al enemigo por despojo,  
Pues no recibe dello mas que enojo.

«Salid pues del peligro manifiesto,  
Que otros en el lugar que dejaremos;  
Por nosotros vendrán á morir presto,  
Como por experiencia lo veremos.  
El turco así habló; mas no por esto  
Dejaron de afirmarse en sus extremos  
Los moriscos; y así, después que Apolo  
Trasmontó, el scita se salvó, y no solo.

Tocada una arma falsa á la una banda  
Por otra con su gente y su dinero  
Sin daño se escapó desta demanda,  
Y fué á do estaba el Abenabo fiero;  
El cual en Guéjar residir le manda,  
Donde asiste otro número guerrero  
De moriscos y turcos capitanes,  
Haciéndonos injurias y desmanes.

Presidio estaba hecho y guarnecido  
De cuatro mil corsarios de pelea,  
Y por tenelle bien fortalecido  
De piedra seca alzaron gran trinchera  
De monte á monte, y tanto el atrevido  
Denuedo los anima y espolea,  
Que, teniéndose allí contra Granada,  
La tienen siempre desasosegada.

El marqués de los Vélez entre tanto  
Bate á Galera con pequeño efecto,  
Porque es lugar fortísimo, y á espanto  
No mueve á los sitiados el aprieto;  
Cuando la noche cubre con su manto  
El mundo, y su bullicio está en el viento,  
Saltaban fuera y con esfuerzo extraño  
A su salvo hacían grave daño.

Ya de Carlos el hijo no podia  
Tolerar de Granada la asistencia,  
Viendo crecer la guerra cada día  
Y de los enemigos la insolencia;  
Y así, aunque á su señor y hermano habia  
Enviado mil veces por licencia  
De salir en persona á la campaña  
A defender el crédito de España.

Esta vez con palabras lastimosas  
Su intencion le mostró por un correo,  
Relatando el estado de las cosas  
Y la justa razon de su deseo;  
«Hechura de tus manos poderosas,  
Le escribe, soy, y aqste es mi trofeo,  
«Oh católico Rey que á mil naciones  
El yugo blando de la Iglesia ponas!

«Aquí por te servir y obedecerte  
Estoy en guarnicion como en frontera;  
Mas ya, buen Rey, los hechos van de suerte,  
Que arguyen mi tardanza por do quiera;  
Las gentes de Abenabo han hecho fuerte  
En Guéjar, y los muros de Galera  
Resisten á la fuerza castellana,  
El río de Almanzora sangre mana.

«¿Qué diré del feroz atrevimiento  
De la Alpujarra, donde el mismo Abdalla  
Reside sin hallar impedimento,  
Cuanto mas quien le pueda dar batalla?  
Su campo de hora en hora va en aumento;  
Toda morisca union se le avasalla,  
Y sin contradicion libre campea,  
Presumiendo de si cuanto desea.

«El mar de España está desproveído  
Y no cesan los tratos africanos;  
Castil de Ferro, dellos guarnecido,  
Asegura la entrada á los paganos;  
No trato del peligro conocido  
Que en general se ofrece entre las manos  
De que en esta provincia vencedora  
Banderas haya de la secta mora.

»De cuyo sospechoso inconveniente,  
Por ser en los principios despreciado,  
Costosos gastos de dinero y gente  
A tu real poder han resultado;  
El mas cobarde moro es ya valiente,  
Y el mas bisoño plático soldado,  
Que el uso y los sucesos no siniestros  
Los han hecho animosos y maestros.

»Bien sé que no está ociosa tu prudencia,  
Y que saldrá de todo á claro puerto;  
Mas yo ¿qué hago ya en esta asistencia,  
Perdiendo de mi tiempo el premio cierto?  
¿En qué pude ofender á tu clemencia?  
¿Por cuál desvariado desconcierto  
No es digna de emplearse mi persona  
En cuanto mas tocara á tu corona?

»Hijo y hermano de monarcas tales  
En cuya casa los divinos hados  
De triunfos y victorias inmortales  
Tienen tantos años ilustrados,  
¿He de estar, de la guerra á los umbrales,  
Yo solo ocioso, todos ocupados?  
Tu sacra majestad no lo permita;  
Que á diferente vida Dios me incita.»

Oidas las ruestras del hermano,  
Y la disolución de los rumores,  
Tuvo por bien el sabio Rey cristiano  
De aplicar nuevas fuerzas y mayores,  
Y que contra el poder mahometano  
Dos ejércitos vayan guerreadores;  
El uno con el nuevo austrino Marte;  
Y otro con el de Sesa por su parte.

Agora pues, deidad glorificada,  
Infunde en mi sentido una luz nueva;  
Da son y acentos á mi voz causada,  
Y por los siglos sin cesar la lleva;  
Causa mucho mayor que la pasada  
Se ofrece, si, cual fénix, se renueva  
Mi débil pluma en el ardor divino,  
Que con mas alto vuelo ha de ir camino.

Cantaré de aquel inclito caudillo  
Los casos y notables bienandanzas,  
La fe constante y corazón sencillo  
Con que á Roma cumplió sus esperanzas,  
Y de los que acertaron á servillo  
En estas ocasiones y mudanzas,  
Comprando gloria con honradas muertes,  
O mucha sangre de sus pechos fuertes.

Adquirió tanto nombre por España  
Del famoso mancebo la salida,  
Que no es creíble la frecuencia extraña  
Que á sus felices hados va ofrecida;  
Y así, fué necesario usar de maña  
Para moderación desta avenida,  
Porque sin duda el número excediera  
La justa proporción que conviniere.

Pero mientras se unía el que bastaba  
Para formar los campos señalados,  
Salieron con el orden que importaba  
El de Austria y el de Sesa, en campo armados.  
Galera todavía contrastaba  
La furia del Marqués y sus soldados;  
Negocio á que quisiera bien su alteza  
Acudir, si pudiera, con presteza.

Mas porque Guéjar antes que otra alguna  
Empresa brevemente se allanase,  
Trataron de llegar ambos á una  
Cuando el sol otra vez su luz mostrase;  
La noche, aunque de invierno, era oportuna  
Para que sin contraste se marchase;  
El de Austria se apartó á mano siniestra,  
Y envió á su tiniente por la diestra.

Con orden de llegar á la mañana  
Al plazo y al lugar constituido,  
La vía del de Sesa fué mas llana  
Por camino mas corto y mas seguido;  
Su alteza por los altos tierra gana,  
Habiendo la vanguardia cometido  
Al soldado eminente Luis Quijada,  
A quien va amenazando muerte airada.

La retaguardia y la caballería  
Lleva á su cargo don García Manrique,  
Famoso por su cuerda valentía  
Y digno de que el mundo la publique.  
El guion alto en medio parecia;  
Delante el bello hermano de Filipe,  
Cuya invencible y poderosa mano  
Había de rendir al otomano.

Marchaban los gallardos escuadrones  
Sin prestalles su luz la casta dea,  
Aunque al centellear constelaciones  
Celestes, algo hacen que se vea;  
Echaban de sí rayos los triones,  
El Arturo y cornigera Amaltea,  
Y la corona de Ariadna bella,  
Con toda fija y toda errante estrella.

Mas al bajar de un monte á una quebrada,  
Aunque va, por ser plático en la tierra,  
Guiando el buen don Diego de Quesada,  
La derecha derrota, tuerce y yerra;  
El Duque por la vía mas trillada  
Camina, ya por llano, ya por sierra;  
Mas en tanto que tienen aparejo,  
En Guéjar se juntaron á consejo.

Y con la brevedad que les concede  
El tiempo, se resuelven en alzarse,  
Y que el lugar desamparado quede  
Pues nada puede en él aventurarse.  
Cárganse de su ropa á cual mas puede,  
Y al momento comienzan á emboscarse;  
El Duque amaneció con sus banderas  
A vista del lugar por trabar veras.

Su alteza léjos por camino errado;  
Y así, con ardentísimo deseo  
Manda que marche el campo apresurado,  
Maldiciendo mil veces el rodeo;  
Invidia tiene al Duque, el cual cerrado  
Piensa que habrá con el linaje reo,  
Como sin duda ya hecho lo hubiera  
Si la plaza por ellos se tuviera.

Solos halló, sus muertes esperando,  
Los viejos que, de pura edad cargados,  
No quisieron seguir al otro bando,  
Y así, fueron del nuestro degollados;  
Mas no en tan flaca presa reparando  
El orgullo y valor de los soldados,  
Corrieron sin parar la sierra arriba  
Tras la que de su espacio se les iba.

Alcanzóse una parte del bagaje,  
Que iba guardado con arcabuceros,  
A los cuales se hizo algun ultraje,  
Sin valesles mostrar finos aceros;  
Mas, metidos en medio del bosqueje  
Otros que en el tirar eran certeros,  
Quitaban atrozmente á los cristianos  
La vida y la victoria de las manos.

Después que al fin se fueron alejando,  
Y el alcance por esto fenecía,  
Se apareció de léjos, blanqueando,  
Un monton que de moras parecia,  
Sus mujeriles tocas relumbrando;  
Mas, quien á captivar mejor corria,  
Hallaba que eran moros disfrazados,  
Con largos arcabuces asestados.

Conocido pues ya el costoso engaño,  
A recoger tocó la seña usada,  
Quedando muerto en el señuelo extraño  
Con otros ocho, el capitán Quijada;  
Fué el aciago anuncio deste daño  
Presagio de la muerte apresurada,  
Que el terno de las parcas riguroso  
Ordenaba al Quijada mas famoso.

Mas el hijo de César, que distante  
Amaneció de Guéjar, á el camina,  
Recogido su ejército pujante  
Con militar industria y disciplina;  
Tal era la postura y el semblante  
De aquella proporción de imperio dina,  
Que cuantos á su padre conocieron  
Resucitar parece que le vieron.

Vieron la prontitud y la entereza,  
El fervor, el cuidado y la apostura,  
El trato afable lleno de grandeza,  
Y las veras mezcladas con dulzura,  
Y aquel animo mismo y fortaleza  
Con que supeditaba la ventura;  
Y así, de admiración y de alegría  
La hueste esfuerzo nuevo recebia.

El sol estaba en el meridiano  
Cuando al presidio entró lleno de amigos,  
Y mostró, de hallarle ya en su mano,  
De algun desabrimiento mil testigos:  
Quedó su corazón, mayor que humano,  
Por no hallar allí los enemigos,  
Como el que aplica á golpe, fuerza y brio,  
Y el brazo ofende cuando da en vacío;

O como el que, jugando recio juego,  
Le vienen cartas con que se desquite,  
Cuando el competidor se rinde luego,  
Perdiendo el vale sin querer embite:  
La retirada del linaje ciego  
Abdalla malamente la permite,  
Que, estando en Valor, ve llegar huyendo  
Los que imagina en Guéjar ofendiendo.

El semblante pacífico y severo,  
Con el mortal veneno de la ira  
Vuelto en atroz, abominable y fiero;  
A quien mas le conoce mas admira;  
El tono de la voz blando y entero,  
Alterado y feroz saetas tira  
Contra los capitanes fugitivos,  
Que á la sazón les pesa de ser vivos.

«Hombres, les dice, prevaricadores,  
Ingratos al favor de la fortuna,  
¿Quién ha hecho jamás tales errores  
En cuanto mira la triforme luna?  
Cuando iban vuestros hechos á mejores  
¿Quisisteis declinar todos á una,  
Mis hados venturosos olvidando,  
Y mis enojos juntos provocando?»

«¿Pudo un mancebo, de experiencia falto,  
Que enemigos no vió en toda su vida,  
Moveros á huir con sobresalto  
Por el nombre no mas de su venida;  
Y no os detuvo de mi poder alto  
La fuerza, por España tan temida,  
A no precipitar el buen estado,  
Que tarde será ya recuperado?»

«Puede tanto en los casos de la guerra  
De la reputación el fundamento,  
Que en ella sola el bien ó mal se encierra,  
Como en poderosísimo instrumento;  
Temblaba de vosotros ya la tierra,  
Hecha por vuestros brazos mar sangriento,  
Porque de vuestra parte guerreaba  
La fama, que el poder os aumentaba.

«Y pues el de mi campo todo junto  
Sabeis que estaba para socoreros  
En cualquiera peligro puesto á punto,  
No hubiera sido mucho entreteneros;  
Y no, sin darme parte en solo un punto,  
Sobre tan arduo caso resolveros,  
Hechos todos, de puro pusilánimes,  
Para mayor condenación, unánimes.

«No como los vecinos de Galera,  
Que, de experiencia en armas careciendo,  
Sus murallas defienden de manera,  
Que el enemigo les está temiendo;  
Cuando otro freno allí no os detuviera  
Sino el ejemplo que os estoy diciendo,  
Debiéradles ser rocas inmovibles,  
Aunque las ondas fueran mas terribles.

«De vosotros ¡oh turcos! mas me espanto,  
Linaje en armas claro y preeminente,  
Y de vos, ¡oh africanos! que en espanto  
Soleis meter á España fácilmente,  
¿Haber agora descuidados tanto  
En cosa que descuido no consiente!  
¿Oh gran vergüenza de las canas mias,  
Acábase mis quejas y mis días!»

PE-II.

«Si he verme en poder de los cristianos,  
Yo os pido por notable beneficio  
Que luego ensangrentéis en mi las manos,  
Haciendo de mi vida sacrificio;  
Quiero morir á hierro de otomanos,  
Pues que de rey me dieron el oficio,  
Antes que verme sin estado y nombre,  
Sujeto á quien me priva de ser hombre.»

Así acabó, dejando el auditorio,  
Parte contento y parte entristecido,  
Porque, de ajenos yerros es notorio  
Hallarse el que no es parte envaneído.  
Mas, antes que en el grande consistorio  
Fuese el largo silencio interrumpido,  
Noayte, alcaide turco, de esta suerte  
Aplaca al fiero Abdalla la ira fuerte:

«Pues la disculpa de esta gente y mía  
A ti, Abenabo, importa que sea buena,  
Y á toda la presente compañía,  
Que de pensallo está quizás ajena,  
Presta á mi información audiencia pia,  
Y atenta cada cual que nos condena,  
Que si culpa de infamia nos manchase,  
¿Quién duda que en comun no redundase?»

«Tú y los demás que son por ti regidos,  
Un cuerpo somos de sus miembros hecho,  
A una esperanza vamos atendidos,  
Comun nos es el daño y el provecho;  
Y así, Rey y soldados escogidos,  
Holgáos que alegue yo de mi derecho  
Por mí y los míos, pues no es parte poca  
La que del caso á cada cual le toca.

«En cuanto al miedo que nos ha imputado  
Tu dignidad real, estoy seguro  
Que nos disculpará el tiempo pasado,  
Cuando lidiar nos veas el futuro;  
Nunca el vigor nos ha desamparado,  
Por Mahoma y Selim invicto juro;  
Cual siempre fuimos, somos y seremos,  
Aunque la tierra mueva sus extremos.

«Las causas que á partirnos de aquel puesto  
Y venir á tu campo nos movieron,  
No de algun aparente presupuesto  
Ni de flaqueza infame procedieron;  
A todos nos fué claro y manifiesto,  
Por tus espías, que nos lo dijeron,  
Que de Guéjar salían á la empresa  
Por dos partes el de Austria y el de Sesa.

«Y que tras sus banderas se movía  
Con el último esfuerzo toda España,  
Que voluntariamente se ofrecía  
A salir á buscarnos en campaña;  
Por tanto, á tu corona no cumplía  
Tal impetu esperar sino en montaña,  
Donde, inútiles siendo sus caballos,  
Podamos, como siempre, contrastarnos.

«Pareciónos tambien cosa acertada  
Que en Guéjar no hiciese pié la guerra,  
Por estar á las puertas de Granada,  
Si bien puesta á las faldas de la sierra,  
Porque la gente flaca y regalada,  
Si tal comodidad no se les cierra,  
Podrá tener la guerra por sufrible;  
Lo cual de otra manera es imposible.

«Galera es muy mejor que se sustente,  
Por ser, como es, en sitio inexpugnable,  
De Murcia y de Valencia puesta en frente,  
Que es circunstancia bien considerable;  
Asalte el hijo de Austria vanamente  
A Guéjar, lugar yermo, inhabitable,  
Y obliguese á tenello guarnecido,  
De su primer disignio divertido.

«Si dejaran su patria los troyanos,  
Por no osarse oponer á los atidas,  
Fueran con gran razón, de los humanos  
Sus famas para siempre aborrecidas;  
Lo mismo se entendiera en los romanos  
Y en cualesquier ciudades, que, vencidas,  
Fueran del vencedor clara victoria,  
Divulgando en el mundo su memoria.

»Mas Guéjar no es el fin que se pretende  
Conseguir de tan ásperas cuestiones,  
Ni patria generosa que se ofende  
De recibir extraños escuadrones;  
La sierra que entre riscos nos defiende,  
Y ofrece aventajadas ocasiones,  
Es madre de nosotros amorosa,  
Madrasta de cristianos rigurosa.

»No debe el peregrino caminante  
Servirse del estar en las posadas  
Mas que para poder ir adelante,  
Prosiguiendo por orden sus jornadas;  
Y sería un error exorbitante  
Perder en ellas horas mal gastadas,  
Mejorando la fabrica de asiento;  
Cosa tan diferente de su intento.

»Así, nosotros caminar debemos,  
Tras de una vida alegre y descansada;  
Lugares de camino ocuparemos,  
Segun parezca cosa acertada,  
Sin que á los defender nos obliguemos  
Si tenellos en pie no nos agrada;  
Nuestros brazos y fe, severo Abdalla,  
Son tus mas firmes torres y muralla.

»Dellos pues, como siempre, te confia,  
Y venga si quisiere toda Hesperia;  
Que ya no tardará la Berberia,  
Instrumento fatal de su miseria;  
Tus hados buenos abrirán la via  
Para tener dispuesta la materia,  
Y el principe de turcos poderoso  
No entiendas que estará después ocioso.

»Demos tiempo al socorro que se espera,  
Usando ardidés, maña y diversiones,  
Pues, como dicen, tras tormenta fiera  
Suelen sobrevenir calmas sazones;  
Y si en el conservar tu fama entera  
Tal eficacia de presente pones,  
Almuneçar asalta y Salobreña,  
Siguiendo el norte que fortuna enseña.»

Tal fué la conclusion del parlamento  
Que en su disculpa hizo el otomano.  
Abenabo, después de estarle atento,  
Templó la furia del enojo insano,  
Y hizo gran instancia y fundamento  
En que otro día, cuando al Oceano  
Bajase el sol, su gente repartida  
Hiciese á un mismo tiempo arremetida.

Con armas, con escalas y braveza,  
Contra los dos lugares referidos,  
Las horas terminando su presteza,  
Volaron tras los siglos fenecidos.  
Ya el aire estaba lleno de tristeza  
Segunda vez, y el sueño los sentidos  
De la gente que entonces paz gozaba,  
Con olvido profundo recreaba.

Del breve cerco el tardo carro habia  
Hecho la cuarta parte del camino,  
Después que la tiniebla oscura y fria  
Cimó nuestro horizonte cristalino;  
La noche del zenit ya poseia  
Lo sumo con su manto alabastrino,  
Cuando los escuadrones descrecidos,  
Marchando, al hecho van apercebidos.

A un mismo punto por diversos lados  
Los dos fuertes lugares acometen;  
Unos con tiros recios salitrados  
Balas de ardiente plomo dentro meten,  
Otros hasta los muros torreados  
Con escalas nudosas arremeten;  
Todo con una priesa incomparable  
Y vocería bárbara espantable.

Mas ni el pavor que el aire ciego ofrece,  
Ni el horror del asalto no sabido,  
Ni el numero contrario que parece,  
Aunque es grande, mayor en el ruido,  
Los ánimos perturba ni enflaquece  
Del un lugar ni el otro, guarnecido  
De gente valerosa y escogida,  
Que precia mas la honra que la vida.

Tal, en efecto, fué la resistencia  
Y la virtud de los que dentro estaban,  
Que la furia, el ardid y la insolencia  
A los de fuera á mas andar faltaban,  
Y ya de la difícil competencia,  
Mudando parecer, se retiraban,  
Dejando de su sangre junto al muro  
Regado en largo trecho el suelo duro.

La fama con el buen suceso vuela,  
Y no es admiracion tan grande oílo,  
Porque don Lope está de Valenzuela  
En Almuneçar puesto por caudillo,  
Que de prudencia clara es viva escuela,  
De vida justa y de ánimo sencillo;  
Y así, Baeza, rica de soldados,  
Le cuenta entre los hijos mas honrados.

En Salobreña pues alcaide fuerte  
Es don Diego Ramirez, que famoso  
Le hizo la razon, y no la suerte,  
Pues fué en todos sus hechos valeroso;  
Nadie temió jamás menos la muerte,  
Ni tuvo mas en fil el punto honroso.  
Por una espada y capa fué estimado,  
Como si poseyera un grande estado.

Mas, declinando ya su edad anciana,  
Y no menguando en su altiveza el brio,  
Violó la paz tranquila cortesana,  
Muriendo en aplazado desafío.  
¡Oh poco cierta bienandanza humana,  
Sujeta á otro mas alto poderio!  
¿Quién funda en tí seguras esperanzas,  
Siendo mar combatido de mudanzas?

## CANTO XVI.

El señor don Juan llega con su ejército á Baza, y pone cerco sobre Galera, donde los enemigos estaban muy fuertes. Suceden en los asaltos extraños acontecimientos, hasta que al fin se entra á viva fuerza. Entre tanto el de Sesa corre con su ejército por toda la Alpujarra, provocando á batalla á Abenabo.

La agudeza del vulgo, mal discreta,  
Los graves casos juzga desde fuera  
Con una inteligencia no perfecta,  
Segun es lo que teme ó lo que espera;  
No admite la razon ni se sujeta  
A la doctrina firme y verdadera;  
Su furia y su desden es implacable,  
Su rigor crudo, su odio inexorable.

Grande es su confusion y su barbaria,  
Por ser compuesta en fin de muchedumbre;  
Mudar su condicion extraordinaria  
No puede el mismo tiempo y su costumbre;  
Su esquivia indignacion mas es contraria  
A los que ve subidos en la cumbre,  
Como es mayor del viento la violencia  
En la mayor altura y eminencia.

Y aunque dicen que el vulgo es adivino  
Y que da muchas veces en lo cierto,  
Mucho mas propio le es el desatino,  
Siguiendo á rienda suelta el desconcierto;  
En las cosas del reino granadino  
Hallaba este enemigo campo abierto,  
Y á sus lenguas materia, aunque infinitas,  
De varias novedades esquisitas.

Mas Abenabo, en fin, de las rencillas  
Perdido tiempo y gente sin provecho,  
Marchó á la sorda mas de nueve millas,  
Sin palabra hablar sobre lo hecho;  
Ya la aurora sacaba sus mejillas  
De las cortinas del hermoso lecho,  
Y el moro campo, puesto en la agria sierra,  
Se apercebía á la futura guerra.

No está el eunuco de ánimo perdido  
Por haber sido los asaltos vanos,  
A causa de no habellos emprendido  
Con toda la potencia de sus manos,  
Ni haberse ciertamente prometido  
Ganar aquellos pueblos á cristianos;  
Mas solo pretendió tentar el vado,  
Y ver si estaba bien ó mal guardado.

Estábalo tan bien como el sueco  
Claramente mostró por experiencia;  
Mas ya de gente innumerable exceso  
Se unía á la agarena turbulencia,  
Y hizose el ejército tan grueso  
Que libre osó esperar la competencia  
De quien la fama en público esparcia  
Nuevas que lo alteraban cada día.

Y no eran vanas, porque de hora en hora  
Se iba reformando el campo Austrino,  
El cual, para extirpar la secta mora  
Marchaba á do se halla el Velezino;  
Llegó á la que Guadix se llama agora,  
Noble ciudad del reino granadino,  
Cuyos antiguos hombres adoraron  
Al sol, y como á dios le veneraron.

De allí á Baza pasó sin que se ofrezca  
Negocio que contar, y finalmente  
El candillo arribó á la albana Huesca,  
Donde Fajardo estaba con su gente;  
No hay lengua ni hay estilo que encarezca  
La salva y regocijo que se siente,  
Así entre los que asisten á la guerra,  
Como los naturales de la tierra.

Solo el de Vélez sale mal contento  
A recibir el principe escogido;  
Tanto agota á cualquiera el sufrimiento  
Venir á obedecer de obedecido;  
Mas el de Austria con blando acogimiento,  
Habiendo su disgusto presentido,  
Saludó y abrazó al Marqués severo,  
Diciéndole esto mismo que refiero:

«Marqués ilustre, vuestra fama suena  
Atenta con razon á engrandeceros,  
De modo que atribuyo á suerte buena  
Ofrecerse ocasion de conoceros;  
Mi autoridad la vuestra no cereña,  
Y así podréis conmigo entreteneros;  
Seréis obedecido de mi gente,  
Y yo os seré tambien hijo obediente.

«Acatará el valor de vuestras canas  
La sazon verde de mis pocos años,  
Y hasta en las empresas mas livianas  
Me prevaldré de vuestros desengaños.»  
El de Vélez responde á las humanas  
Ofertas por los términos extraños  
Que usó continuo, pero su extrañeza  
Llevo por norte siempre la grandeza.

«Yo soy, dice, quien mas he deseado  
Conocer de mi rey un tal hermano,  
Y soy quien mas ganara en ser soldado  
De principe tan alto y soberano;  
Mas si respondo como he profesado,  
Por término sencillo, breve y llano,  
Irme quiero á mi casa, pues no cuadra  
A mi anciania el ser cabo de escuadra.»

Como si claramente le dijera:  
Por mas señor que tú quieras alzarme,  
Ya la absoluta autoridad primera  
No puede en tu presencia acompañarme;  
Y tanto della va á la que se espera  
(Si acaso en tu real quisiere estarme),  
Cuanto va de un caudillo de soldados  
Al cabo de una escuadra de soldados.

Fué la respuesta para ser notada  
De sentenciosa y grave cuanto aguda,  
Y el Marqués hizo en breve su jornada;  
Que tarde ó nunca de consejo muda;  
Estábase Galera aun no ganada,  
Y es fuerza que á sitialla el de Austria acuda;  
Entra en consejo, y á reconocella  
Envia, y fácilmente va sobre ella.

Entre tanto el de Sesa va marchando  
A la Alpujarra en busca del tirano  
Con un tan numeroso y fuerte bando  
Cuanto jamás produjo el reino hispano;  
Parte del cual tras sí en plazas dejando,  
Iba para hacer el paso llano  
A todas las escoltas que partiesen  
Desde Granada, y á su campo fuesen.

Dejó en Acequia y en las Albuñuelas  
Bastante guarnicion y ardid de guerra;  
Las Guájaras armó por las cautelas  
De aquella esquiva y montuosa tierra;  
Mandó que siempre hubiese centinelas  
En los peñones altos de la sierra,  
De donde el de Mondéjar con victoria  
Los moros expelió, ganando gloria.

Después pasa por Órgiva, su villa,  
Y tambien la rehace y fortifica;  
Mas no debe tenerse á maravilla  
Si tiempo gasta y dilacion aplica;  
Porque, entre tanto que á Galera humilla  
El de Austria, ya á Seron desedifica;  
Tarda para que se entre en una hora  
En la Alpujarra y rio de Almanzora.

Mientras el Duque á posta se entretiene  
Por la justa ocasion que he referido,  
Sobre Galera el cerco puesto tiene  
De Carlos Quinto el hijo esclarecido;  
Mucha gente al réal de nuevo viene,  
Siguiendo su estandarte y su apellido;  
Y así, no están las tiendas menos llenas  
Que en el florido Mayo las colmenas.

Sería largo cuento y gran fatiga  
Hacer reseña expresa de los nombres  
De la gente especial que en esta liga  
Presentó España, madre ilustre de hombres,  
Pues nadie el orden me dará que siga,  
En colocar tal suma de renombres,  
Que aun solo con nombrar á los primeros  
Habria hecho agravio á los postreros.

Menos me detendré especificando  
La de los esforzados defensores,  
Entre los cuales del morisco bando  
Y del turquesco estaban los mejores;  
Verase en que el de Vélez porfiando  
Gran tiempo con asaltos y furoros,  
Con ser prudente y de ánimo constante,  
No les hizo mas mella que á un diamante.

Tambien el estar fuertes les comprueba  
No haber desamparado el fuerte puesto,  
Habiendo prevenidos la nueva  
Del ejército grande contrapuesto  
Mas ya los hechos vienen á la prueba,  
Ya se oye del salitre el son funesto,  
Ya el hierro ardiente y plomo escalecido  
Rompiendo el aire van con su bramido.

Imprimense los golpes violentos  
En el penoso sitio y eminente,  
Cuyos profundos y anchos fundamentos  
Natura fabricó, no humana gente;  
Y así, los moros, de peligro exentos,  
Oían el ruido que se siente,  
Como desde ventanas y tablados  
Los bravos toros suelen ser mirados.

Habia en esta fuerza diamantina  
Por la mas alta banda un buen castillo,  
De donde el enemigo á la continua  
Causaba detrimento no sencillo;  
Visto lo cual, su alteza determina  
Tratar de arruinallo y confundillo  
Con la terrible industria que bizarro  
Nombre de fama dió al conde Navarro.

Ya van los diligentes minadores  
Por el profundo seno abriendo via,  
No cesando en el campo los furoros  
De la profunda y brava bateria;  
Después que con afanes y sudores  
Les enseñó la cierta geometria  
Haber llegado al término prescrito,  
Hicieron capaz fosa y circuito.

Y en lugar de la fria y seca tierra  
Que del espacio cóncavo sacaron,  
Azufrado carbon de muerte y guerra  
En cerrados barriles aplicaron;  
Un extremo de cuerda el uno encierra,  
Y el otro los artífices tiraron  
Hasta alguna distancia, donde fuego  
Con sutil maña le pegaron luego.